

EL OCCIDENTE.

DIARIO POLITICO.

EN MADRID.

EN PROVINCIAS.

AÑO III.—NUM. 730.

Martes 19 de mayo de 1857.

EDICION DE LA MAÑANA.

MADRID 19 DE MAYO.

El proyecto de contestación al discurso de la corona ha dado lugar en el Senado á debates ardientes y de la mayor importancia. Fiel á sus solemnes promesas, el ministerio ha defendido esa política de conciliación y de concordia, la única que como bálsamo precioso puede curar las heridas abiertas en la entraña mas vital de nuestra infortunada patria.

La autorizada voz del general Narvaez ha resonado en aquel recinto para robustecer con nuevas manifestaciones el pensamiento cardinal del gobierno; pero sus palabras han sido mal comprendidas por unos, y violentamente interpretadas por otros. Se ha supuesto que el duque de Valencia quería preconizar las sublevaciones militares en el hecho mismo de oponerse á que la espada de la ley cayera sobre la cabeza de los que pudiesen aparecer iniciados en algunos movimientos insurgentes. Nosotros, y tengase muy en cuenta que nos limitamos á exponer pura y simplemente nuestra opinion como periodistas, nosotros creemos, pues, que el presidente del gabinete actual, ni como militar, ni como jefe del gobierno, ni como la mas alta personificación del partido moderado, podía dar ese sentido á las frases que profirió en la sesión del sábado. Sabe como militar que la disciplina es el alma de los ejércitos; que la obediencia pasiva es el verdadero dogma del soldado; que fuera de él, y sin él, no habria ejército posible; habria cuando mas una asociación faccionaria de hombres armados, semejante á las guardias pretorianas de Roma, á los mamelucos de Egipto, ó á los genizaros de Turquía; habria en vez de un elemento de protección y de orden, un poder tiránico tanto mas temible cuanto que no tendria otro móvil que las pasiones menos ilustradas, ni otro freno que el instinto de conservación propia.

El general Narvaez, como el miembro mas influyente del gobierno, sabe que erigida la insurrección en principio y canonizada siquiera teóricamente, sobredimensiona las mas dolorosas convulsiones en todo el cuerpo social; estremecerían las fortunas, plegarian su vuelo las mas fecundas especulaciones, y la nación, agotada las fuentes de su riqueza, destruidos los gérmenes de su prosperidad y rotas sus relaciones con el porvenir, presentaría la fiel imagen de aquellos condenados que se dejan morir de inanición por no querer soportar mas largo tiempo el peso de sus cadenas. Por último, el duque de Valencia, como alta personificación del partido moderado, sabe que se enagenaría la voluntad de los hombres que mas valen y mas pueden en este mismo partido; porque esos hombres han proclamado á la faz del mundo que el orden es la base fundamental de todo gobierno; que no hay poder alguno sólido sino en el imperio de la ley, y que la insurrección, venga de donde viniere, y aunque se atavie con los mas brillantes ropajes, desmoroniza profundamente á las masas, y prepara el infausto reinado de la anarquía.

Hé aquí por qué nosotros no presumimos siquiera que el duque de Valencia pretendiese ensalzar las sediciones; si otra fuera nuestra creencia, con toda la energía de nuestro carácter, con toda la independencia de nuestra posición y con toda la plenitud de nuestros esfuerzos, combatiríamos sin tregua ni descanso al que hubiese proclamado aquel error, el mas funesto de todos los errores políticos. Lo que el general Narvaez quiso indudablemente, fué poner término á las recriminaciones provocadas, acaso con poca oportunidad, por la enmienda del señor Calonge; y al hacerlo, manifestó que todas ó casi todas las notabilidades políticas han contribuido en cierto período de su existencia á dar fomento y vida á determinadas insurrecciones ó conspiraciones. Este es un mal grave, gravísimo, pero ha sido un vicio de la época; los corifeos de los partidos se han desarrollado bajo una atmósfera preñada de odios, de rencores y de implacables venganzas; han herido muchas veces por la necesidad de defenderse, y al defenderse han reportado el triunfo sobre sus agresores. La influencia de tan pernicioso ejemplo, solo se evitará cuando sin violencia pueda ser llamada á la dirección de los negocios públicos esa juventud virgen de resentimientos, pura, inmaculada, escasa de años, pero rica ya de experiencia, que sabrá hacer el bien huyendo de las faltas en que han incurrido sus predecesores, y podrá hacerlo porque tiene fe viva y entusiasmo fervido, que son los dos grandes resortes del corazón humano.

El suceso mas notable promovido hasta ahora por la contestación al discurso regio, ha sido la conversión política del general O'Donnell. Amigos y adversarios del conde de Lucena esperaban con impaciencia que este personaje, que simbolizaba tantos y tan trascendentes acontecimientos, diera esplicaciones categóricas acerca de su conducta en los dos últimos años, pero no vacilamos al decir que sus adictos, así como sus antagonistas, han quedado, al oírle en la sesión de ayer, estrañamente sorprendidos. Caba en buena lógica suponer que el general O'Donnell,

que habia armado la Milicia nacional en un momento de apuro, que la habia desarmado después á metrallazos, que habia calificado de facciosas á las Cortes constituyentes, que habia aniquilado la obra levantada por el partido progresista, que habia acudido una insurrección militar en el año 44 contra ese mismo partido, acabara por hacer la apología de aquellas Cortes, por mostrarse el campeón de sus principios de gobierno, por rasgar ante el Senado su historia de treinta años, por desconocer á sí mismo y negar sus precedentes, por arrojar, en suma, en los brazos del partido progresista? Y, sin embargo, así ha sucedido puntualmente. Nosotros nos felicitamos y felicitamos á nuestro partido porque el general O'Donnell haya hecho esta evolución; para nosotros no es ni será en adelante sino un progresista mas, de una sincera adhesión juzgarán los progresistas. El partido moderado ha obtenido una victoria de primer orden, y la ha obtenido con las armas que le ha proporcionado su nuevo enemigo; todos los hombres de buena fe que perseguían alguna combinación factible, al través de ese fantasma llamado la *union liberal*, han visto caer la venda que cubria sus ojos; el gran geroglífico no es ya indecifrabable, porque la cifra la ha presentado el general O'Donnell; la *union liberal* es sencillamente lo que nosotros decíamos hace pocos días, una frase bien sonante con que el partido progresista pretendía encubrir su monopolio del mando. Ya están deslindados los campos; ya están plantados frente á frente las opuestas banderas; para dejar de ser moderado es preciso é imperiosamente necesario ser progresista decidido como el general O'Donnell.

El duque de Valencia, á quien el conde de Lucena dirigió severas acusaciones por la parte que habia tomado en los planes fraguados contra el ministerio San Luis, contestó que en efecto se habia asociado á aquellos proyectos, y que permaneció adherido á ellos hasta que el manifiesto de Manzanares dió á los acontecimientos distinta fisonomía política. El general Narvaez no ha incurrido en la debilidad, indigna de su carácter, de negar hechos que eran ciertos; pero al mismo tiempo ha demostrado, sin que nadie se atreva á contradecirle, su inalterable fidelidad á las doctrinas conservadoras. El general Narvaez ha puesto en evidencia que reúne las prendas peculiares de un jefe de partido, y que ni la mano de la desgracia, ni el ostracismo, ni las sugestiones mas seductoras pueden hacerle faltar á su consecuencia política ni á los compromisos contraídos con la gran comunión moderada que le ha colocado á su frente.

La discusión promovida en el seno de la alta Cámara, no será infecunda á nuestro juicio. Después de las esplicaciones dadas por el señor duque de Valencia y de las prendas soltadas por el general O'Donnell, creemos que se unirán al primero todos los individuos del partido conservador cualesquiera que hayan sido las disidencias accidentales que les han podido separar de una bandera común; así como creemos tambien que se apartarán del segundo muchos de los que hasta hoy han vivido á su lado creyendo que podían de este modo servir á las ideas conservadoras que siempre han defendido. Desde el momento en que el general O'Donnell ha hecho la apología de su dominación progresista, ningún individuo del partido moderado puede reconocerle como caudillo sin renegar paladinamente de sus principios.

No podemos concluir sin felicitar al duque de Valencia por la conducta que ha observado en el Senado mostrándose digno de la alta posición que ocupa, y de la importantísima misión que le ha sido confiada.

Notable é interesante ha sido la sesión celebrada ayer en el Senado.

En esta sesión, que todo el mundo veía llegar con cierta zozobra, la situación se ha despejado; el horizonte político, antes poco ó mal definido, se ha aclarado tambien y se han puesto de manifiesto las tendencias y las aspiraciones del jefe del bando vicalvarista; han cesado las vacilaciones, y ha empezado para el gobierno y para todo el partido moderado el momento oportuno y propio de una política conservadora y enérgica, que sea el punto de partida de la reconstitución definitiva del país, bajo la base absoluta de las doctrinas moderadas, únicas capaces de producir el bien y de evitar peligrosas y funestas convulsiones.

Determinadas las posiciones, numerados los contrarios, conocidos los enemigos, dada la batalla, como ayer se dió, y habiendo quedado victoriosos el gobierno y triunfantes por lo tanto los principios de nuestro partido, la conducta futura del gabinete, la marcha y la política del duque de Valencia tienen marcada ya su senda, tienen fijado su camino. El bando vicalvarista se ha mostrado; el general O'Donnell, su jefe, se ha presentado en la arena, y á juzgar por lo rudo y enconado del primer ataque, todo induce á persuadir que solo le ha movido un espíritu ciego de apasionado encono contra el general Narvaez por haberle este sustituido en el poder. A los ataques que le dirigió el general Calonge contestó el conde de Lucena tratando de herir con rabia frenética al duque de Valencia.

Hochas estas ligeras reflexiones, que el resultado de la sesión de ayer nos sugiere, pasemos á reseñar tan minuciosas y exactamente como nuestra memoria nos lo permita la importante discusión que nos ocupa.

Con antelación se sabia que hablaría el general O'Donnell, y tambien se sabia con anterioridad el carácter de personalidad y agresión que resaltaría en su discurso. Por esto, la concurrencia fué notable, y tal, que todas las tribunas públicas, reservadas, de orden, de señores diputados y cuerpo diplomático, rebosaban de gente.

Abierta la sesión á la una y 55 minutos, bajo la presidencia del señor marqués de Viluma, el Sr. Ruiz de la Vega leyó el acta de la anterior, que fué aprobada, y acto continuo prestaron juramento los señores senadores, general La Rocha, conde de Velarde y Sr. Riquelme.

El señor marqués de Viluma concedió la palabra en contra del dictamen de la comisión que ha redactado la contestación al discurso de la Corona, al Sr. Oliver; pero la comisión reclamó, por haber hablado ya el Sr. San Miguel en la sesión anterior, y le fué en consecuencia cedida al Sr. Vahamonde para defender el dictamen.

Hízose cargo el Sr. Vahamonde de lo expresado en la sesión anterior por el Sr. San Miguel sobre la política de conciliación, sobre las elecciones y de cuanto sostuvo acerca de no haber sido jamás tan amada, respetada y reverenciada S. M. la Reina, como durante el bienio de la dominación progresista; y le fué fácil rebatir todos los argumentos y las aseveraciones todas del general San Miguel.

En un bello, templado y armonioso discurso, á vueltas de imágenes y pensamientos floridos, probó el orador moderado que la política de conciliación verdadera, real y positiva es la política iniciada y seguida por el gobierno; que esta es la única política aceptable y conveniente, y que aunque este tenia ancho camino para empeñarse en una política de expulsión ó reacción, solo ha seguido la de reconciliación y olvido, como la mas propia para cicatrizar las heridas abiertas por la revolución durante la época de su entronizamiento. La política que el Sr. San Miguel quiere, dijo, es una política que no tiene nombre, una política imposible, una política de amalgama. Esta política no es, no puede ser la del gobierno, porque un gobierno no puede aspirar sino á lo útil, conveniente y practicable.

Pasó el Sr. Vahamonde á ocuparse en seguida de lo referente á las elecciones, y con argumentos tan sencillos como poderosos, argumentos que luego ha corroborado con una frase el conde de Lucena, ha destruido los cargos aventurados é insostenibles del señor San Miguel sobre coacciones del gobierno y sus agentes en las últimas luchas electorales. La presencia de muy pocos progresistas en el Congreso no basta á probar la intervención del gobierno en las elecciones, porque esto es una consecuencia lógica y natural de los excesos de la pasada dominación liberal y de los conflictos que los progresistas no solo no pudieron evitar, sino que fueron causa á producir. Cuando las revoluciones se desbordan, ha dicho el general O'Donnell, los pueblos entran en el camino de la reacción; nada mas elocuente podía esponderse, para contestar al señor San Miguel, que al ver en el Congreso únicamente cinco diputados progresistas, deduce la consecuencia de la intervención del gobierno en las elecciones. Que medite el señor San Miguel sobre esto.

Con no menos precisión y verdad patentizó el señor Vahamonde el error en que estaba el orador progresista, creyendo que la Reina habia sido como nunca respetada durante la dominación de tristes recuerdos, cuando crecía hasta del *veto* y de la acción de la prerrogativa real en las ocasiones y en los casos mas importantes y necesarios.

Mucho mas dijo después el Sr. Vahamonde, extendiéndose en varias y elevadas consideraciones políticas y de gobierno; pero no podemos seguirle en su fácil y agradable discurso, porque haríamos interminable esta reseña.

Para rectificar pidió la palabra el Sr. San Miguel, pero pronunció un nuevo discurso, sin que fueran bastante á retraerle ni los llamamientos del presidente ni los murmullos que se oían. En medio de la monotonía de sus palabras, ha vertido algunas frases contra las cuales el Sr. Pidal ha creído deber protestar, y lo ha hecho con energía y seguridad, porque estaba la razón de su parte. Insistiendo el Sr. San Miguel sobre las elecciones, se ha visto el Sr. Pidal obligado á decirle: «el recuerdo de esos dos funestos años ha sido el gran elector actual»; y en efecto, no hay para qué buscar en otra parte el secreto de la ausencia del Congreso de diputados progresistas.

Si guisase una nueva rectificación del Sr. San Miguel, en la que á duras penas ha podido el presidente hacerle comprender que no cabia un tercer discurso.

En seguida ha cedido la palabra al general O'Donnell el Sr. Oliver, y el conde de Lucena con la calma é imperturbabilidad que forman la base de su carácter, ha empezado por aceptar, aunque no solo, toda la responsabilidad de los hechos pasados y sus consecuencias, procurando muy particularmente y con una insistencia singular, envolver en la misma al duque de Valencia, diciendo que el general Narvaez combatió la proposición del Sr. Calonge porque obraba en defensa propia.

Entonces se levantó el duque de Valencia y con la energía de quien rechaza atrevidas insinuaciones y con la firmeza del que tiene la conciencia de lo que dice, manifestó con una elocuencia superior á todo encarecimiento, que habia sido extraño á todo lo que habia hecho el general O'Donnell, cualesquiera que hubiesen sido las relaciones que habian unido á ambos. De paso contestó tambien al general Lara, que habia pedido la palabra por las que el duque de Valencia pronunció en la sesión del sábado, contestando al discurso del Sr. Calonge.

Volvio el conde de Lucena á proseguir en su tarea, relatando á su manera la historia de los sucesos que precedieron y siguieron al alzamiento del Campo de Guardias, y todo su empeño, toda su insistencia, todo su afán en esta reseña inefable y que no abona gran cosa á la habilidad política del orador, se ha encaminado á significar que el general Narvaez estaba de acuerdo con el orador. La misma persistencia con que el conde de Lucena ha procurado hacer ver la participación del presidente del actual Consejo de ministros, y que este ha negado y contestado tan

victoriosamente, prueba que O'Donnell halla no poco reprehensible en aquellos acontecimientos, y que quiere escudarse para librarse del fallo de la historia, ya que no del fallo de la opinion, tras el muro de que todos tomaron parte en ellos.

El general O'Donnell podrá ser un jefe de partido, podrá tener grandes aspiraciones; pero jamas serán estas justificadas. Quien para hacer interesantes las discusiones acude al campo de las personalidades, y quien carece del valor de aceptar la responsabilidad absoluta de hechos que, sean las que fueren sus consecuencias, han sido producto de sus ideas, ese no puede jamás llegar á ser jefe de un gobierno. Tan poco meditado ha sido el proceder del general O'Donnell, ó tan poco prudente y atinado, que varios señores senadores se han visto obligados á pedir la palabra, de la cual harán uso en la sesión de este día.

Por su parte, el general Narvaez, para contestar á todos los cargos del conde de Lucena, no ha tenido mas que acudir á la relación fiel y exacta de los hechos que le conciernen, y aunque su discurso ha sido improvisado, aunque no tuvo tiempo, como su adversario, para prepararlo, su fácil y elocuente dición; su enérgica y poderosa palabra; su bella lógica inflexible, y su oratoria grave y razonada, le sobrado para convencer, de que cuando mueven la conducta de un eminente hombre político de principios fijos, precisos é invariables, nada es bastante para hacerle dudar de la altura en que se halla.

El general Narvaez ha estado digno, elevado y consecuente; ha repetido lo que ya lleva dicho, de que el país espera y tiene necesidad de grandes sacrificios de parte de ciertos hombres; que no es el general O'Donnell quien ha salvado al Trono y á la nación del precipicio á que sus actos los espusieron, sino la Providencia, porque solo esta pudo salvarnos en circunstancias que el general O'Donnell trajo, y que fueron después mil veces mas fuertes que él. Le ha echado en cara la sana con que insistía en descorrer el velo de determinadas confidencias. Le ha probado asimismo que el partido moderado ha sufrido un largo martirio durante su dominación, y le ha patentizado, en fin, que no pudo estar con el conde de Lucena, puesto que siempre este sostenía, que el general Narvaez no cabia dentro de la *Union liberal*.

Esta declaración, que no se ha contradicho, que no se ha rectificado, dejó en final trecho las intenciones que se suponían en el general O'Donnell, al haber tratado sin embargo de atraerse en 54, y con razón se le dijo que sin duda se proponía prevalerse de su amistad para matar políticamente al general Narvaez, como le mató á su amigo el duque de la Victoria.

El general Narvaez ha hecho además confesiones claras y expresas: no estuvo de acuerdo con la política de Bravo Murillo, pero se alejó mas de la de O'Donnell, desde que este se liberalizaba hasta el punto de ser mas progresista que los progresistas, y por esta razón es por la que si pudo pensar un momento de acuerdo con el general O'Donnell, tuvo que separarse de él y se separó, porque discordaban: no pudo por consecuencia estar con el conde de Lucena en 54, quien ya en 55 lamentaba que fuese tan lejos, y eso que únicamente presentaba sus proyectos.

En fin, el general O'Donnell ha querido dar un gran golpe al duque de Valencia, y ha sido él como no podía menos de suceder, quien le ha recibido. Ni ha estado parlamentario ni á la altura de su posición. El general Narvaez por el contrario, sin salir de las formas decorosas y dignas de una discusión propia del alto cuerpo colegislador, sin traspasar los límites de la prudencia y de las conveniencias, ha devuelto golpe por golpe, y ha quedado victorioso y triunfante; mas fuerte que nunca porque en el debate ha obtenido la mas completa victoria.

La discusión habiera sido interminable por las rectificaciones que se presentaban, y las alusiones á que habria que contestar, á no haber suspendido la sesión el señor presidente, á las cinco y cuarto, señalando la continuación para hoy á la una de la tarde.

El general Narvaez salió de la Cámara recibiendo los plácemes y las enhorabuenas de todos los señores senadores, y de la mayoría de los que presenciaron su triunfo desde las tribunas. El conde de Lucena salió solo y triste, ó cuando menos aburrido.

En el cuadro, algun tanto variado, de la sesión celebrada ayer por el Congreso, resalta en primer término el proyecto de contestación al discurso de la Corona. En este importante documento se concentró todo el interés de la Cámara, y vino á convertirse en acción principal, pasando los demás asuntos á la categoría de episodios incidentales.

Ya dijimos en uno de nuestros números anteriores que la comisión encargada de este delicado trabajo habia encomendado su redacción al Sr. D. Luis Gonzalez Brabo, presidente de la misma. Con efecto, este distinguido publicista no solo tomó sobre sí tan difícil tarea, sino que la desempeñó con toda la premura y acierto que podían exigirse de la gravedad del asunto. En el proyecto de contestación al discurso de la Corona, se reflejan perfectamente la pureza de formas, la claridad de los pensamientos, la correcta delineación de las cuestiones que abraza, y la valentía, á par que la sencillez y precisión de estilo que caracterizan los escritos del Sr. Gonzalez Brabo, que que reconocen en él amigos y adversarios. Nada vulgar, nada metafísico, nada difuso, nada incoherente contiene el proyecto de que vamos hablando, así en su esencia como en sus detalles, tanto en las apreciaciones políticas que necesariamente ha de contener un trabajo de esta índole, como en sus puntos secundarios. Por no desvirtuarle, y para que nuestros lectores puedan formar mejor su juicio en vista del texto literal que daremos del mismo, renunciaremos al breve é incompleto bosquejo que pudieramos hacer aquí del escrito á que nos referimos. Solo diremos que su lectura fué escuchada en medio del mas profundo silencio, interrumpido únicamente en varios pasajes por las espontáneas muestras de aprobación del Congreso y de los asistentes á las tribunas, aplausos que se repitieron cuando acabó de leer el Sr. Gonza-

lez Brabo. Felicitamos á este señor diputado por el acertado desempeño de su tarea, y á la comisión por la buena suerte que ha tenido al designar para ella á una persona tan ilustrada y competente.

Ahora digamos cuatro palabras del resto de la sesión. Serían las dos menos cuarto próximamente cuando se abrió, bajo la presidencia del Sr. Martínez de la Rosa. La concurrencia de señores diputados no era grande, y el banco reservado á los individuos del ministerio estuvo totalmente desocupado, lo cual se explica muy bien teniendo en cuenta la importancia de los debates en la Cámara vitalicia.

Previas la correspondiente lectura y aprobación del acta de la sesión del sábado, se dió cuenta de dos proposiciones, la una concediendo una pensión vitalicia á los hermanos del bizarro coronel D. Rafael Travado, y la otra declarando sin efecto la ley de 21 de julio de 1855 sobre años de años de servicio á los empleados cesantes; ambas fueron tomadas en consideración y pasaron á las secciones para los efectos de reglamento.

Después de darse cuenta de varios dictámenes de la comisión de actas, que quedaron sobre la mesa para ser discutidos en la sesión de hoy, el Sr. Gonzalez Brabo, pidió y obtuvo la palabra para preguntar á la comisión de actas los motivos de no haber presentado todavía su dictamen relativamente al acta del distrito de Salaya. Como individuo de dicha comisión contestó el señor Arias que el no haberse dado cuenta al Congreso del referido dictamen, consistía en que este no estaba ultimado.

Terminado este incidente, juraron y tomaron asiento varios señores diputados; y acto continuo ocupó la tribuna el Sr. Gonzalez Brabo para leer el proyecto de contestación al discurso del trono, del que hemos hablado al principio esta reseña. Tenemos que añadir que, terminada la lectura, pidieron la palabra en contra, para cuando llegue el día de la discusión, los señores Santa Cruz, Campaamor, Rios Rosas, Canga Argüelles y Polo.

Aprovechando la oportunidad de darse cuenta al Congreso del dictamen relativo á las actas de Betanzos, el Sr. Santa Cruz se levantó para manifestar que anatematizaba la conducta seguida por el gobierno en las pasadas elecciones. Sembrante declaración no es mas que una retractación estemporánea de las benévolas frases con que el ex-ministro progresista, llevado de un sentimiento espontáneo de franqueza, ensalzó implícitamente, no há muchos días, la tolerancia, la legalidad y la justicia que habian presidido á las operaciones electorales. Puede perdonarse al Sr. Santa Cruz esta fragilidad, considerando los malos ratos que le habrán hecho pasar sus amigos políticos por aquel arranque de sinceridad que seguramente no se amoldaba á las exigencias del espíritu de oposición sistemática que distingue á los progresistas.

El señor Santa Cruz nada dijo contra las actas de Betanzos; pero fueron estas impugnadas, aunque débilmente, por el señor Ochoa, quien manifestaba cierto escrúpulo para votar el dictamen de la comisión, fundándose en que el diputado electo, D. Bartolomé Hermida, era director de la Caja de depósitos, donde se habia verificado un robo de bastante consideración y cuyas consecuencias podían, en un caso mas ó menos remoto, alcanzar al jefe de dicha dependencia.

El señor Hermida tomó á su cargo lesvanecer los reparos del señor Ochoa, y con una ansiedad perfectamente justificada por la situación especial del interesado, utilizó su derecho para sincerarse de cualquier remota sospecha que se pretendiera hacer recaer sobre su fama de hombre honrado, y funcionario probo. Creemos que sus sinceras y enérgicas esplicaciones surtieron en el Congreso, el buen efecto que el orador aguardaba, puesto que, sin mas oposición, fué aprobada su acta y el admitido como diputado, después de unas cuantas palabras pronunciadas por el señor Herrera, presidente de la comisión.

Ninguna otra particularidad digna de ser consignada, ofreció la sesión de ayer, que se levantó á las tres y media.

SS. AA. RR. los serenísimos señores infantes, duques de Montpensier, recibieron ayer al capitán general de Madrid con toda la oficialidad de guarnición en esta corte. Tambien estuvo á ofrecerles sus respetos el señor marqués de Turgo, embajador de Francia, que por indisposición no pudo presentarse el día pasado con el cuerpo diplomático. El recibimiento ha sido numeroso y muy brillante. Entre las notabilidades aristocráticas y políticas, que en estos días se han presentado á SS. AA. RR. se cuenta á los señores del tribunal supremo de las órdenes militares y marqués de Miraflores, Cortina, Collado, los generales O'Donnell, Ruiz, Armero, Bustillos, Van-Halen y señor arzobispo de Burgos, Gonzalez (D. Antonio), Alonso Martinez, Lafuente (D. Modesto), y otra infinidad de personajes de nuestra mas alta aristocracia como de todos los matices políticos.

La Epoca cree que el señor Mon no tardará en volver á España aprovechando la peregrinación que el Papa ha emprendido á Loreto.

La Gaceta del domingo ha publicado un real decreto concediendo á la sociedad anónima mercantil titulada *Caja de Descuentos Zaragozana*, la autorización pretendida para refundirse en banco de emisión, conforme á las prescripciones de la ley de 28 de enero de 1856 y con la denominación de *Banco de Zaragoza* y domicilio en esta ciudad. La misma Gaceta publica, aprobados por S. M. los estatutos para el *Banco de Zaragoza*.

Ha sido nombrado director del cuerpo de sanidad de la armada, el vice-director del mismo D. José María Biotteau.

De un curioso estado inserto en el periódico oficial resulta que durante el último año entraron en los puertos de España, procedentes del exterior 12,321 buques con 1,345,355 toneladas

de arqueo, 728,818 de carga y 425,485 tripulantes. Los buques salidos ascendieron a 9,299 con 1,415,150 toneladas de arqueo, 615,446 de carga y 90,737 tripulantes.

Es tal el desarrollo que ha tomado en Barcelona el establecimiento de sociedades anónimas, que infunde ya serios temores la creación de tantas compañías, para las que faltan capitales y negocios.

Parace que el comisario régio del banco de aquella capital ha espuesto al gobierno los graves males que semeja inconsiderado afán puede producir en aquel mercado, y aun creemos que ha llegado a proponer que no se autorice la formación de nuevas empresas, puesto que las existentes componen el fabuloso capital nominal de 90,000,000 millones de duros.

La real orden que se ha expedido mandando que continúe rigiendo sin la menor alteración la práctica seguida constantemente en la distribución de los sumarios de la bula, se ha fundado en que algunos bueros no han querido ceder los sumarios a los vecinos de los pueblos no les entregaban antes la limosna, cuya disposición es enteramente contraria a la práctica seguida de tiempo inmemorial en la mayor parte de las diócesis de España.

Segun informes de nuestro colega La Crónica, el señor ministro de Fomento tiene ya muy adelantado el proyecto de ley de bolsa que debe presentar muy en breve a las Cortes. Aunque tenemos, dice, algunas noticias acerca de los puntos mas capitales de aquella obra, nada debemos decir hasta que sea conocida del público, en cuyo caso la juzgaremos con la imparcialidad debida.

Después de tantas reformas que ha sufrido la legislación de aquel ramo, buena falta hace que de una vez se determine lo mas conveniente y equitativo sobre la negociación de efectos públicos, sin permitir que predominen influencias que siempre han sido funestas y apasionadas cuando se ha tratado de poner el dedo sobre los vicios que la conciencia pública ha señalado.

El señor Isturiz, como los dos secretarios de la legación de España en Rusia, señores Caballero y Diaz del Moral, han recibido orden de hallarse dispuestos a marchar para su destino a fines del presente mes.

Se ha descubierto una antigua sustracción que se venia haciendo en Madrid de efectos estancados. Hay presos algunos empleados. Se siguen las averiguaciones por el juzgado de Hacienda.

Los diputados de los cinco distritos de Mallorca salieron para Madrid el día 11.

Por el ministerio de Gracia y Justicia se ha expedido un real decreto en que S. M. oída la sección del mismo ramo en el Consejo Real, y queriendo premiar los servicios que a la nación y al trono ha prestado nuestro ilustre amigo el señor duque de Rivas en su larga carrera literaria, militar, diplomática y política, se ha dignado rehabilitar a favor de su hijo, la señorita doña Malvina de Saavedra y de Caeto, el título de marqués del Villar, que ya llevaron sus ascendientes y que habia caducado, segun hemos oido.

Now placen estas muestras del interés con que la Reina y su gobierno miran a los grandes servidores del Estado, así como el que ademas se hayan tenido ahora en cuenta los merecimientos literarios del duque de Rivas, a quien enviamos sincero parabien por la régia merced que ha merecido.

Se dice que el rey de Suecia, fatigado de los graves asuntos del Estado y débil de salud, se propone retirarse por consejo de los médicos y dejar al príncipe heredero que gobierna provisoriamente.

El gobierno inglés ha publicado recientemente un documento en extremo interesante: nos referimos a la estadística del comercio de exportación durante el periodo comprendido desde 1842 a 1856. En este intervalo se ha duplicado el valor de los artículos exportados de Inglaterra, puesto que se ha elevado aquel desde 47,284,955 libras esterlinas a 95,688,083.

El valor de la maquinaria exportada en 1845 que fué de 904,961 libras, ascendió en 1855 a 2,214,215. Las exportaciones del hierro y del acero en el mismo periodo se han elevado de 3,504,895 a 9,472,886 libras. Las de las fábricas de algodón en el mismo interregno, ascendieron de 19,136 libras a 27,581,278.

Los gastos que figuran en los presupuestos franceses para 1858 ascienden a 4,757,443,474 francos. Los ingresos suman 4,717,456,120.

He aquí el proyecto de ley relativo a la imprenta, leído en el Congreso por el señor ministro de la Gobernación.

PROYECTO DE LEY DE IMPRENTA.

TÍTULO I.

DE LOS IMPRESOS EN GENERAL.

Artículo 1.º Todo impreso, de cualquier clase y tamaño que sea, que se publique en el reino, deberá tener, para no ser considerado como clandestino, los requisitos siguientes:

Primero. Proceder de un establecimiento tipográfico aprobado por la autoridad.

Segundo. Especificar el nombre y apellido del impresor o del título legal de la imprenta, como igualmente el pueblo y año en que se haga la impresión.

Art. 2.º Serán responsables de la publicación:

Primero. El que la escriba como autor o traductor.

Segundo. El editor cuando falte el anterior requisito, en la inteligencia de que solo puede ser editor el que se halle autorizado para contratar con arreglo a las leyes.

Tercero. El impresor cuando no estuviere suscrita la publicación por autor, traductor o editor conocido; y se entiende que no hay autor, traductor o editor conocido, cuando no aparezcan los que lo fueron, o cuando el que apareciera como tal, se fugue o sea incapaz o insolvente.

En los impresos clandestinos es siempre cómplice el impresor.

Art. 3.º No se procederá a la venta o repartición de ningún impreso sin que previamente se haya entregado un ejemplar de él al gobernador de la provincia y otro al fiscal de imprentas, ambos firmados por el responsable. Donde no residiera el gobernador se entregará el ejemplar correspondiente a la autoridad local.

Art. 4.º Las autoridades provinciales o locales suspenderán por sí, o a petición del fiscal de imprenta, la

venta y distribución de todo impreso en que ataque la religión católica, apostólica romana, o en que se imprima la dignidad de la persona del Rey y de su real familia; o se trate de destruir la monarquía y la Constitución del Estado; o se ponga en grave peligro la tranquilidad pública; o de aquellos que tiendan a relajar la disciplina del ejército, y de los que ofendan la moral y las buenas costumbres. Igualmente procederán con toda publicación en que se cometa injuria o calumnia contra cualquier persona, siempre que el interesado lo pida con motivo justo en concepto de la autoridad.

Art. 5.º El responsable de un impreso recogido oprimado dentro de las cuarenta y ocho horas después de la suspensión entre el embargo del escrito o la denuncia. En el primer caso se destruirán los impresos depositados, o se consultará al gobierno sobre el destino que ha de darseles; en el segundo se someterá el impreso a la calificación del tribunal competente en el mas breve plazo posible.

Si el responsable no contestase, se entenderá que prefiere la destrucción de los ejemplares.

Art. 6.º No se publicará escrito alguno sobre dogma de nuestra santa religión, sobre sagrada escritura o moral cristiana, sin la aprobación del obispo.

Art. 7.º El gobierno no está autorizado para prohibir la introducción en territorio español de cualquier escrito que se imprima o publique en país extranjero.

Art. 8.º El gobierno declarará las reglas que juzgue convenientes sobre la policía relativa a la venta, distribución y anuncio de los impresos.

TÍTULO II.

DE LOS PERIÓDICOS.

Art. 9.º Entiéndese por periódico, para los efectos de esta ley, toda publicación que con título fijo o variado salga a luz en periodos, ya determinados, ya inciertos, no excediendo de diez pliegos de impresión del tamaño del papel sellado.

Art. 10.º Todo periódico deberá tener un editor que será responsable de cuanto en él se publique, aunque lo suscriba otro: su firma se estampará siempre al pie de cada número.

Nadie puede ser a la vez editor de mas de un periódico.

Art. 11.º Si el periódico es meramente literario, científico, industrial, el editor no necesitará mas requisito que el exigido en el párrafo segundo del artículo 2.º

Art. 12.º Si el periódico es político o religioso, el editor necesitará además:

Primero. Haber cumplido veinticinco años de edad.

Segundo. Tener un año cumplido de vecindad con casa abierta en el pueblo donde se publique el periódico.

Tercero. Estar en el ejercicio de los derechos civiles.

Cuarto. No estar inhabilitado ni suspendido en el de los derechos políticos que le correspondan.

Quinto. Pagar 2,000 rs. de contribución directa si el periódico se publica en Madrid, y 1,000 si se publica en cualquiera otra parte.

Sexto. Acreditar haber estado satisfaciendo estas contribuciones con tres años de anticipación.

Art. 13.º Los documentos para hacer constar los anteriores requisitos se presentarán al gobernador de la respectiva provincia, el cual, en el término de quince días, después de oído el consejo de la misma, y de tomar los informes que tenga por convenientes respecto del interesado, le admitirá o no como editor. En este último caso el interesado podrá acudir al gobierno por el ministerio de la Gobernación.

El gobernador de la provincia podrá en cualquier tiempo cerciorarse de que el editor continúa poseyendo las calidades requeridas en el artículo anterior.

Art. 14.º El editor de todo periódico político o religioso deberá tener constantemente depositada la cantidad de 300,000 rs. si se publica en Madrid, y 200,000 en provincia.

Si el periódico fuera semanal, o se publicara en plazos mas largos, y si al mismo tiempo su tamaño excediere de cinco pliegos de papel sellado, el depósito se reducirá a la tercera parte de las anteriores cantidades.

Art. 15.º El depósito se hará en el banco de España, o en poder de sus comisionados, o en cualquiera de los bancos aprobados por el gobierno, o en la caja general de depósitos, verificándose en dinero o efectos, de la deuda consolidada al precio de cotización.

Cuando el depósito se haga en efectos de la deuda, se comprobará cada seis meses, y en caso necesario se reformará, con el objeto de que se mantenga exacta la correspondencia de su valor con el de los efectos en circulación.

Art. 16.º El recibo que acredite el depósito se conservará en el gobierno de la provincia, dándose por el gobernador un resguardo al interesado.

Art. 17.º El depósito se devolverá al deponente, transcurridos doce días desde la cesación del periódico, si no hubiere denuncias pendientes, o terminadas estas si las hubiere.

Art. 18.º Todo periódico político o religioso tendrá un director, cuyo nombre se pondrá en conocimiento de la autoridad al principio la publicación, y cada vez que se varie.

Art. 19.º Todo artículo político, filosófico o religioso, se imprimirá en el periódico con la firma de su autor.

Art. 20.º Además de la firma impresa que exige el artículo 10, el editor deberá firmar de su puño y letra todos los números del periódico que se entreguen al fiscal de imprenta.

Art. 21.º No se principiará a repartir ni vender ningún número de periódico hasta dos horas después de haberse entregado el ejemplar de que habla el artículo anterior.

Art. 22.º La persona que se creyere ofendida en un periódico, o cualquiera otra autorizada para ello, tiene derecho a que se inserte en el mismo la contestación que remita negando, rectificando o explicando los hechos.

Por esta inserción no pagará cosa alguna, con tal que no exceda del cuadruplo del artículo contestado, o de 60 líneas de igual letra, si aquel tuviera menos de 15.

En el caso de ausencia o muerte del ofendido, tendrán igual derecho sus hijos, parientes, hermanos y herederos.

Esta contestación no podrá rechazarse por los directores de los periódicos, y deberá insertarse en uno de los tres primeros números que se publiquen después de la entrega; el que la suscriba y no el editor, será en este caso responsable de su contenido.

TÍTULO III.

DE LOS DELITOS.

Art. 23.º Son delitos de imprenta los comprendidos y condenados en la presente ley. Todos los demas que por su medio se cometan serán juzgados con arreglo a las leyes comunes, y por los tribunales que ellas declaran competentes.

Los delitos de imprenta que constituyan actos de complicidad en delitos de otra naturaleza, quedarán sujetos a las penas establecidas por las leyes, y responderán su persecución y castigo a los tribunales que conzan en lo principal de los hechos.

Art. 24.º Son culpables de delito de imprenta:

Primero. Los escritos que atacan o ridiculizan la religión católica apostólica romana y su culto, ofenden el sagrado carácter de sus ministros.

Segundo. Los que escitan a la abolición o cambio de la misma religión, o a que se permita el culto de cualquiera otra.

Art. 25.º Igualmente son culpables:

Primero. Los que atacan, ofenden o deprimen la sagrada persona del rey, su dignidad, sus derechos o sus prerogativas, de algun modo o bajo cualquiera forma que no esté prevista en las leyes comunes.

Segundo. Los que atacan, ofenden o deprimen en algun modo y bajo cualquiera forma no prevista en las leyes comunes a las personas, la dignidad o los derechos de todos o de algunos de los individuos de la real familia.

Art. 26.º Delinque asimismo:

Primero. El que ataca la forma del gobierno establecido.

Segundo. El que tiende a coartar el libre ejercicio de los poderes constituidos.

Tercero. El que publica máximas o doctrinas encaminadas a turbar la tranquilidad pública.

Cuarto. El que incita a la desobediencia de las leyes y de las autoridades, o con amenazas y dictorios trata de coartar la libertad de estas últimas.

Quinto. El que tiende a rebajar la fidelidad o disciplina de la fuerza armada, sin perjuicio de lo prevenido en las ordenanzas militares.

Art. 27.º Es también culpable:

Primero. Todo escrito que hace la apología de acciones calificadas de criminales por las leyes.

Segundo. El que escita de cualquiera manera a cometerlas.

Tercero. El que trate de hacer ilusorias las penas con que las leyes las castigan, ya anunciando o promoviendo suscripciones para satisfacer las multas, costas y resarcimientos impuestos por sentencia judicial, ya ofreciendo o procurando cualquiera otra clase de protección a los criminales.

Cuarto. El que propaga doctrinas contra la organización de la familia, del derecho de propiedad, escitando a las clases menesterosas contra las acomodadas.

Quinto. El que con amenazas o dictorios trata de coartar la libertad de los jueces y funcionarios públicos encargados de perseguir y castigar los delitos.

Sexto. El que ataca, ofende o ridiculiza a clases de la sociedad o a corporaciones reconocidas por las leyes.

Art. 28.º Delinque también el que publica escritos que ofendan a la decencia y buenas costumbres.

Art. 29.º Asimismo delinque:

Primero. El que publica hechos calumniosos o injuriosos contra las personas y cuerpos que ejercen cargo, empleo o funciones públicas.

Segundo. El que supone malas intenciones en los actos oficiales.

Tercero. El que sin autorización previa publica conversaciones reservadas o particulares, o correspondencia privada habida con alguna de las espresadas personas.

Art. 30.º Delinque:

Primero. El que calumnia, injuria o ridiculiza a los monarcas o jefes supremos o a los poderes constituidos de cualesquiera nación que no esté en guerra con España.

Segundo. El que calumnia, injuria o ridiculiza a los representantes de las mismas naciones.

Art. 31.º Delinque contra los particulares:

Primero. El que aun sin cometer injuria ni calumnia, ni designar personas, da a luz sin asentimiento del interesado hechos relativos a la vida privada.

Segundo. El que sin el mismo consentimiento publica correspondencia, cartas, papeles o conversaciones que hayan mediado entre particulares.

La mera publicación de lo que se menciona en los dos anteriores párrafos, será considerada como acto de injuria.

Art. 32.º No se comete injuria ni calumnia:

Primero. Publicando o censurando en algun impreso la conducta oficial o los actos de algun funcionario público con relación a su cargo.

Segundo. Revelando o denunciando alguna conspiración contra el rey o el Estado, u otro atentado contra el orden público.

Mas en uno y otro caso los responsables del impreso estarán obligados a probar la certeza de los hechos que denuncian, bajo la responsabilidad de calumnia.

TÍTULO IV.

DE LAS PENAS.

Art. 33.º Los delitos de imprenta comprendidos en los artículos 24 y 25 de esta ley serán castigados con la multa de 15,000 a 81,000 rs.

Art. 34.º Los delitos a que se refieren los artículos 26 y 27 serán castigados con la multa de 10,000 a 60,000 rs.

Art. 35.º Los delitos de que trata el art. 28 serán castigados con la multa de 5,000 a 25,000 rs.

Art. 36.º Los delitos a que se refieren los artículos 29 y 30 serán castigados con la multa de 4,000 a 20,000 rs.

TÍTULO V.

DE LOS TRIBUNALES COMPETENTES PARA COGER DE LOS DELITOS DE IMPRENTA.

Art. 37.º Un tribunal de jueces de primera instancia, organizado de la manera que se dirá mas abajo, conocerá de todos los delitos de imprenta.

Art. 38.º El tribunal de imprenta se compondrá de un magistrado, presidente, y de cinco jueces de primera instancia de la capital donde se hubiere de reunir. Si fueren menos de cinco los juzgados, se compondrá del mismo magistrado, presidente, y de tres jueces. Si tampoco los hubiere en dicha capital, vendrán los que faltaren, de los partidos judiciales mas inmediatos.

Art. 39.º Este tribunal no podrá constituirse sino en las capitales donde haya audiencia, y conocerá de todas las causas de imprenta del territorio de la misma.

Art. 40.º Presidirá el tribunal un magistrado de la audiencia del territorio por turno riguroso, empezando por el mas antiguo. E regente y los presidentes de sala no entrarán en turno para este servicio.

Art. 41.º Los jueces serán reemplazados en caso de ausencia, enfermedad o legítimo impedimento, por los de los partidos mas próximos, y el presidente por el magistrado que esté en turno.

Art. 42.º El tribunal se reunirá para el unico y esclusivo objeto de ver y fallar la causa, hecho lo cual, quedará disuelto.

Art. 43.º El presidente y los jueces podrán ser recusados por las mismas causas y en la misma forma que los magistrados de las audiencias con arreglo al derecho común.

Art. 44.º El escrito de recusación se presentará al regente dentro de los dos dias siguientes a aquel en que se haya hecho saber a las partes los nombres de los jueces.

Art. 45.º Presentada la recusación llamará el regente las actuaciones a la vista, y la audiencia plena decidirá en el término de tres dias, sin haber necesidad de prueba, o de diez dias si fuere necesaria alguna diligencia de esta clase.

Art. 46.º En el caso de deberse imponer alguna multa al recurrente con arreglo a las leyes comunes, no podrá nunca exceder esta de 3,000 rs., ademas de las costas, ni bajar de 1,000.

Art. 47.º No hay fuero alguno privilegiado en las causas por delitos de imprenta; pero los militares que delincan por medio de la imprenta quedan sujetos a la ordenanza del ejército.

TÍTULO VI.

DE LOS FISCAL.

Art. 48.º En Madrid habrá un fiscal de imprenta nombrado por el ministerio de la Gobernación. El nombramiento deberá recaer en un letrado.

Art. 49.º El fiscal de imprenta de Madrid gozará del mismo sueldo, honores y prerogativas que los fiscales de audiencia fuera de la corte.

Art. 50.º En las capitales de provincia será fiscal de imprenta el promotor fiscal del juzgado; y donde hubiere mas de uno, el que designe el gobernador. Como fiscal de imprenta, el promotor dependerá del ministerio de la Gobernación; se entenderá con el gobernador, y ejercerá en su caso las funciones que por esta ley se asignan al fiscal de Madrid.

Art. 51.º El gobierno, en las capitales de provincia donde fuere necesario, podrá nombrar un fiscal especial de imprenta.

Art. 52.º El fiscal de imprenta es parte legítima para ejercitar todas las acciones por delitos de la prensa.

Art. 53.º Las demas funciones de los fiscales se determinarán por el gobierno, segun las circunstancias locales y las necesidades del servicio.

TÍTULO VII.

DE LOS ENJUICIAMIENTOS.

Art. 54.º La acción para perseguir ante los tribunales los delitos de imprenta prescribe: para los impresos que no pasen de 20 pliegos del tamaño del papel sellado, por el término de un mes; y para los que pasen por el de tres meses.

Art. 55.º La reintegración de un escrito abusivo sujeta al responsable de ella a la propia causa que se sigue contra el delincuente prioritario; pero debiendo hacerse en esta tanta calificación y declaraciones como sean los procedidos.

Art. 56.º Las denuncias sobre los delitos de que debe conocer el tribunal de imprenta, se entablarán

y sustentarán ante un juez de primera instancia de la capital de la provincia donde esté impreso el escrito, y contendrán las circunstancias siguientes:

Primera. La naturaleza del delito.

Segunda. La clase, nombre y distintivo especial de impreso denunciado.

Tercera. La pena a que se considere acreedor con arreglo a la ley.

Art. 57.º Admitida la denuncia en término de veinticuatro horas, se procederá a averiguar la persona responsable del impreso en el caso de no ser este periódico.

Art. 58.º Para la averiguación de que trata el artículo precedente, se requerirá al impresor a que ponga de manifiesto el original manuscrito que ha de servirle de resguardo, y declare quienes son su autor, traductor y su editor.

La persona responsable del impreso, con arreglo al artículo 2.º, reconocerá su firma o confesará el hecho que constituya su responsabilidad, procediéndose en caso contrario con arreglo a las leyes comunes.

Art. 59.º Concluido el sumario, el juez instructor remitirá las actuaciones al regente de la audiencia, citando y emplazando a las partes para ante el tribunal.

El regente pasará las diligencias al magistrado a quien toque por turno ser presidente, el cual mandará comunicar a las partes las listas de los jueces que deben componer el tribunal.

Art. 60.º Transcurrido el término prefijado en el artículo 59, y terminado el incidente de recusación, el presidente señalará día para la vista, citando con ocho horas de anticipación a los jueces.

Art. 61.º Constituido el tribunal, se procederá a la vista del proceso, que será siempre pública, a menos que aquel decida, a petición de alguna de las partes, que se verifique a puerta cerrada por convenir así a la moral y a la decencia.

Art. 62.º En la vista se procederá del modo siguiente: el escribano hará relación de las actuaciones, leyendo a la letra la denuncia, el impreso, los artículos de esta ley que fijan la calidad de la denuncia, y todo aquello que las partes exijan que se refiera a la letra. Acabada la relación y el examen y recusación de los testigos, en su caso, el presidente y cualquiera de los jueces, o bien las partes o sus defensores, podrán hacer las preguntas que juzguen oportunas. Acto continuo hablará el fiscal o el denunciador u otra persona en su nombre, sea o no letrado, y contestará el denunciado o su defensor en los mismos términos, permitiendo a cada uno hacer después las aclaraciones o rectificaciones de hechos que juzguen necesarias. El presidente pondrá fin al acto pronunciando la palabra visto, y mandando desahogar.

Los defensores que se pronuncien en este acto no podrán publicarse por nadie, ni bajo forma alguna.

Art. 63.º El tribunal en seguida, o a lo mas en el día inmediato, si así lo acordare o si lo dispusiere el presidente, pronunciará su fallo con arreglo a esta ley de culpable o no culpable, declarando en el primer caso la pena que deba imponerse al acusado.

Art. 64.º El juez instructor ante quien se presentó la denuncia, podrá asistir sin voto al tribunal para esponder y esclarecer los hechos.

Art. 65.º Para la calificación de culpable, se necesita la mayoría de votos. Si hubiere empate se declarará absuelto al denunciado.

Art. 66.º En la imposición de la pena, cuando haya lugar a ella, se estará igualmente a lo que determine la mayoría; mas si esta no existiere, prevalecerá el voto mas favorable al mismo denunciado.

Art. 67.º El fallo se extenderá por uno de los jueces, se firmará por todos, y se autorizará por el escribano que hubiere asistido al juicio.

Este funcionario será el mismo que haya actuado en la denuncia, si reside en la capital de la audiencia, y en otro caso el que al efecto nombre el presidente.

Art. 68.º Inmediatamente quedará disuelto el tribunal, y el presidente pasará las actuaciones al juez instructor para la ejecución de la sentencia.

Art. 69.º Cualquiera que sea el fallo, no habrá apelación de él, ni otro recurso que el de nulidad por infracción de ley en la sustentación del proceso o en la imposición de la pena.

Art. 70.º Este recurso se ha de interponer ante el mismo magistrado presidente en el término de cinco dias y para el tribunal supremo de justicia, acreditando haber depositado en el banco de España o en poder de sus comisionados la cantidad de 5,000 rs., y si fuere menor la multa impuesta, otro tanto de ella.

Art. 71.º Interpuesto el recurso en tiempo y forma, el magistrado remitirá los autos al tribunal supremo con citación y emplazamiento de las partes.

Art. 72.º El tribunal mandará comunicar los autos para instrucción por el término de tres dias al defensor del recurrente y al fiscal.

Art. 73.º Verificada la vista, se fallará con auto motivado sobre lo procedencia o no procedencia del recurso.

Art. 74.º En los asuntos que pasen por recurso de casación al tribunal supremo de justicia, entenderá la sala primera del mismo.

Art. 75.º Cuando se declare la casación por violación de la ley en la aplicación de la pena, pasará el auto para que se decida en el fondo a la sala segunda del tribunal supremo, concurriendo de la tercera los ministros precisos hasta completar el número de nueve.

Art. 76.º Ninguna de las salas, en sus casos respectivos, decidirá los recursos que a ellas pas

saben generalmente á donde ha de llegar: creen poder decir como Dios al mar; á donde no pasarán, y sin embargo, se sobreponen á todos sus esfuerzos y deseos.

Yo venía en la conducta de todos; y esas fallas no solo no debían juzgarse, sino ni aun mencionarse. El que tenía interés en el bien de su patria, el que no quería que se abra de nuevo la puerta á la discordia, debe sobreponerse á todas esas miserias, no pensando más que marchar por el camino de la legalidad, si quiere prestar un eminente servicio á su país.

El señor San Miguel rectificó: Nada es más lejano de mi ánimo que el tomar la palabra en esta parte del debate. Pero el Sr. San Miguel ha dicho cosas tan graves, que el gobierno no puede menos de pronunciar algunas palabras para protestar contra muchas de las opiniones de S. S.

Elecciones.—El Sr. San Miguel preside enteramente el examen de las actas electorales; preside de los hechos oficiales que todos debemos reconocer. S. S. dice: han salido pocos diputados de mi partido, de consiguiente las elecciones no pueden ser legales. Ha habido, pues, una falta grave que puede tener trascendencia en la gobernación del Estado.

Empezaré preguntando al Sr. San Miguel: y si esta razón es tan clara, si es tan terminante, ¿por qué S. S. en situaciones análogas no ha levantado la voz para protestar como ahora lo hace? ¿Es acaso la primera vez que se ven parlamentos unánimes?

¿No ha asistido S. S. á ellos, y ha sido también ministro cuando existían esos parlamentos? ¿Y venían como ahora, de la manera pacífica y legal reconocida por los órganos de las opiniones de S. S. que se sentían en el Congreso?

Pero dice S. S.: ¿Cuál es la causa de que solo haya venido á las Cortes una pequeña fracción? Ya lo dijo el señor ministro del ramo. La causa es la reacción de ese bienio que el Sr. S. Miguel acaba de calificar de fatal. (El Sr. San Miguel: No ha dicho eso.) S. S. lo ha dicho, y si no lo dijera, lo diría la España entera.

Y ¿qué diremos cuando el Sr. San Miguel nos dice cámbidamente que el partido progresista ha caído sin que por un exceso de legalidad? ¿En qué país estamos? ¿Se ha olvidado S. S. de que cuando ese partido ha subido al poder ha suprimido las leyes votadas por el parlamento, leyes á cuya formación había concurrido? En cuatro ocasiones en que ese partido ha venido al mando, ha echado abajo los fueros del Trono y del parlamento. He aquí por qué me levanto á defender esos objetos.

¿Tra cosa ha dicho el señor San Miguel que no sé cómo calificar. Que nunca basido la Reina mas respetada y aclamada que en los dos últimos años. Si estas palabras no hubieran sido pronunciadas por el señor San Miguel, ¿yo respeto y amor al trono y á la Reina no pueden ponerse en duda, yo no sabría cómo calificarlo. Si la Reina ha sido alguna vez victoreada en esa época, ha sido porque aprovechábamos nosotros los momentos que se presentaban, y con entusiasmos vivas á la Reina, protestábamos contra la situación violenta por la que el trono pasaba. ¿Quién no recuerda que no era libre la prerogativa real, habiéndola dejado mezmquina, mormada é insuficiente? Y esto para lo menos importante al país; que respecto á lo mas trascendental, el trono no podía ejercer su prerogativa, apelando muchas veces á medios que no califica, para obtener la sanción. No me he levantado á proponer un discurso, sino á protestar contra ciertas ideas emitidas por el señor San Miguel, porque no podía dejar de hacerlo así ocupado este puesto.

El Sr. SAN MIGUEL: Lo que respecto á elecciones dije, fue que el señor ministro de la Gobernación aseguraba que el gobierno no había influido en ellas, resultaba otra cosa mas grave, y al efecto cité el *Caucan* consultes.

Dice el señor ministro de Estado que no ha hablado yo en tal ó cual ocasión. A esto solo contestaré que me sucede lo que á los demás: que hablo cuando lo tengo por conveniente.

Respecto á que he llamado *fatal* al último bienio, el señor ministro de Estado debió comprender que lo decía en sentido irónico, y refiriéndome á la calificación que hacen sus amigos políticos. ¿Cómo había yo de calificar de *fatal* un bienio que es mió?

En cuanto á que la Reina ha sido mas considerada en ese bienio que en otras épocas, público es que en todas las barricadas se veía el retrato de S. M., y en todas se le cantaba, se le victoreaba.

La cuestión de prerogativa no creo que deba entrar, porque nada tiene que ver con la que se discute.

El Sr. PRESIDENTE: Tiene la palabra el señor Oliver.

El Sr. OLIVER: La cedo al señor conde de Lucena. El señor conde de LUCENA: Señores senadores: no era posible que yo guardase silencio en esta discusión eminentemente política, después de los grandes sucesos por que ha pasado la patria desde la última reunión de este cuerpo; y mucho mas imposible era que guardase silencio, cuando en esos mismos sucesos he tenido una parte tan principal. Si yo fui el jefe del movimiento del campo de Guardias, yo fui el jefe del programa de Manzanares, yo fui el que acepté la cartera de la guerra en el gabinete del duque de la Victoria; yo el que he estado dos años á su lado, y yo, en fin, el que fui llamado por la Corona, en momentos muy solemnes, para salvar el Trono y la sociedad que estaban á pique de hundirse, y que tuve la suerte de salvarlos, sin sangre después del combate, sin haber derramado una lágrima, y sin un destierro. Si todo esto me obligaba á pedir la palabra en la discusión presente, mucho mas obligado me creo (y hasta sería criminal mi silencio) á hablar después de las acusaciones lanzadas por el general Calonge contra mi y mis dignos compañeros, que dos años después han estado constantemente á mi lado, y que en días de crisis han salvado la sociedad y el Trono.

Señores, el general Calonge calificó la rebelión del campo de Guardias; ¿por qué? Porque S. S. ha olvidado todo lo que anteriormente había pasado: olvidó las causas que lo produjeron, que mas tarde hubiesen dado por resultado una revolución sin remedio. Doy las gracias al señor presidente del consejo por la energía con que rechazó la acusación del Sr. Calonge, si bien al hacerlo lo ha hecho con la energía de quien defiende su propia causa. (Prolunda sensación.)

Como voy á entrar en detalles que considero indispensables para justificar aquel acontecimiento; como quiero descartar todo lo que parezca personal, tratando únicamente lo que pueda interesar á mi patria y á mi honra, desearia que el señor presidente del consejo se dignase contestar á estas preguntas: ¿Es verdad que el señor duque de Valencia estaba unido con los generales que después fuimos al campo de Guardias, desde 1852? ¿Es verdad que S. S. era sabedor de todo cuanto hicieron después de cerrado el senado y de la votación de los 105? ¿Es verdad que S. S. estaba dispuesto á unirse á nosotros? ¿Es verdad que, si bien S. S. no quiso unirse á nosotros por razones que yo respeto, mas tarde nos felicitó por nuestro triunfo mandándonos un ayudante? Si S. S. se digna contestarme, ahorrará explicaciones que de otro modo veré obligado á dar.

El señor presidente del CONSEJO DE MINISTROS: Señores: después de las versiones equivocadas y calumniosas que en Madrid se han reproducido; después de haber aconsejado á S. M. la Reina que dirigiese á las Cortes las palabras que se dignó dirigirlas; después de la conducta que yo observé antes de ayer en el senado, no puedo contestar.

El Sr. LARA: Pido la palabra para protestar contra lo que dijo el sábado el señor presidente del Consejo de ministros.

El señor PRESIDENTE: No puede V. S. hacer protesta alguna mientras dure la discusión: á su tiempo podrá V. S. hacerla, si le llega el turno para usar de la palabra.

El señor presidente del CONSEJO DE MINISTROS (continuando): Después de las palabras que me ha dirigido el señor conde de Lucena, no tengo que decir sino que en las cosas que S. S. me dijo y trató, y en el modo como lo hizo y ejecutó, no he tenido participación alguna, enalesquiera que fueran por otra parte las relaciones que anteriormente mediaron entre los dos; S. S. se explicará y yo me explicaré también.

Ahora aprovecho la ocasión, ya que tengo la palabra, para contestar al señor general Lara.

Todos los periódicos se han ocupado de una expresión que yo preferí al improvisar mi discurso; á saber: la consistente en haber dicho: *desmanes* de los ministros.

terios anteriores. Cada cual la ha explicado á su modo; pero creo que nadie lo ha hecho de la manera que la habrán comprendido los señores senadores. Yo me refería en esas palabras á todos, absolutamente á todos las administraciones anteriores, entre ellas la primera la mia, porque no soy tan orgulloso que crea hallarme en el caso de tirar la primera piedra á la nueva Magdalena. Todos hemos fallado; y si la palabra *desmanes* ha parecido dura á algunos, desde luego la retiro; no ponía otra en su lugar, que tenga su verdadera significación. No he querido acriminar á ninguna administración ni á nadie, y mal podía hacerlo cuando mi deseo era acabar con todas las fracciones en que por desgracia nos hallamos divididos. Si a pesar de estas explicaciones alguno quiere arrojar el guante, arrojése y aquí se recogerá.

El Sr. general O'DONNELL: S. S. ha contestado como ha tenido por conveniente á las preguntas que le he dirigido. Habría querido evitar el dar explicaciones, pero ya que se me ha puesto en ese caso, las daré.

Señores: todo el mundo recordará que el día 52 la mis completa calma reinaba en la política; y tanto, que se decía estaba muerta. En la primera vez se lanzó la palabra *reforma* constitucional. (El señor marqués de Miraflores pide la palabra.) Los señores senadores recordarán la agitación producida al haberse de un golpe el Estado, y lo habrán olvidado las reuniones que en este motivo hubo de hombres políticos que acordaron elevar á S. M. una exposición, que, si bien reunía un gran número de firmas, no llegó á presentarse. Se convocaron las Cortes, y á los pocos días se publicaron en la *Gaceta* aquellos proyectos que produjeron tal efecto en aquella misma Cámara, que el gobierno se vió desahogado en la cuestión de presidencia, disueltas en segunda las Cortes.

No habrán olvidado los señores senadores el efecto que este producido y la agitación que causó, en términos que los hombres mas importantes del partido moderado se reunieron para protestar contra ella, y en esta reunión fue elegido presidente el señor duque de Valencia; mas previniendo sería muy posible que el gobierno no permitiese las reuniones, se acordó nombrar un comité, del cual también fue elegido presidente, y al que concurrían los señores Moya y Pidal, y otros hombres importantes. En este comité, además de la protesta, se trató de la legalidad de las elecciones. El ministro Bravo Murillo cayó dos días después de la salida del duque de Valencia para Bayona, sucediéndole el conde de Alcega. No dejó la oposición por esta mudanza, y al reinarse de nuevo la calma, lo primero que se trató fue de dar cuenta de una exposición del duque de Valencia remitida á este alto cuerpo. El Senado no la tomó en consideración, pero ya podía prevérsele lo que sucedería al ver la oposición que en él se había formado. Cayó aquel gabinete, lo mismo que el del señor Lersundi, sucediéndoles el señor conde de San Luis.

Siento, señores, como ya he dicho antes, entrar en esto; pero ha llegado el momento de hablar de mis relaciones políticas con los que después fueron mis compañeros en el campo de Guardias. Yo recibí, y recibíamos todos antes de regresar el duque de Valencia, una persona que había conferenciado con este, y á quien S. S. decía, lamentándose de la situación crítica en que se hallaba el país, y de los temores que abrigaba de que peligrasen el Trono y las instituciones, que no había mas salvación que apelar al medio de la fuerza. (Rumores.)

El ministro Sartorius autorizó la venida del duque de Valencia á España, S. S. vino á Madrid, y á los pocos días se trasladó á Aranjuez. Allí tuvimos una conferencia con él, en la que me manifestó las ideas patrióticas que siempre animaba, ideas que yo me complazco en reconocer en S. S., aunque no pueda apoyar al gabinete que hoy preside; y S. S. nos manifestó terminantemente que la situación era tal, que era preciso apelar á la fuerza, y que si por sus circunstancias particulares no podía ser el primero que saliese, la segunda espada que se desentainase sería la suya, añadiendo que en el estallido que se encontraba en las cosas, bastarían dos solos regimientos de caballería que se sublevaran para hacer la revolución.

Las Cortes se abrieron, y convecho S. S. de que nada se adelantaría con los medios legales de oposición; se fué á Loja en lugar de venir al Senado, y puse en el jefe natural de la oposición. Todos saben lo que pasó en aquellas Cortes, lo los recordarán la celebracion de los ciento cinco senadores en la cuestión de prerogativa, y el gobierno, á pesar de esto, por una fatalidad para él y para la nación, no tuvo la suficiente abnegación para resignar el poder. Las Cortes se cerraron y tras su clausura vino la persecución á la prensa, el destierro de los generales que habíamos votado en el Senado en contra del gobierno, el de hombres importantes, el de periodistas.

Tras esto se anunciaron reformas en todos sentidos, se publicó un empréstito forzoso; en fin, señores, se estuvo completamente fuera de la ley. Pues bien, en este país, donde todos los partidos han conspirado cuando no han estado en el poder, donde no hay un hombre político que con la mano sobre el corazón diga que no ha conspirado, ¿podrá decirse que ha habido una revolución mas legítima que la de 1852? Yo, señores, desde el cuarto donde había estado encerrado cinco meses, monté á caballo, y seguido de algunos generales me puse á la cabeza de algunos regimientos, para echar abajo á los que hallaban una Constitución que había jurado como general y como senador al sentarme en este puesto.

(El orador enumeró los sucesos ocurridos desde la salida de las tropas á los campos de Vieilvauro, hasta la entrevista que tuvo con el duque de la Victoria, y su entrada en el ministerio de la Guerra, y después contestó):

Se me ha acusado de haber abandonado las cuestiones, y entre otras la del Senado; pero se ha olvidado que el programa que regia no era el de Manzanares, era el de Zaragoza; que el duque de la Victoria, antes de aceptar el ministerio, había enviado un general á hacer presente á S. M. que no aceptaba la presidencia sino á condición de Cortes constituyentes y voluntad nacional.

No me que laban mas que dos partidos, ó dejar correr la revolución que con sus excesos llegase á la reacción, ó entrar en el ministerio y evitar que la revolución se desbordase. Lo primero era mas cómodo; pero la patria y mi propia honra exigían de mí otra cosa. No estoy arrepentido.

La primera cuestión que vino, y que dió lugar á larga discusión, fué la de las Cortes constituyentes. En ella, como sabe el Sr. Colado, que está presente, hicimos todos los esfuerzos posibles para que volviera á reunirse las dos Cámaras; pero con el programa de Zaragoza era imposible, y firmamos el decreto. No me arrepiento; pero al presentar á S. M. el proyecto de Cortes constituyentes, matamos virtualmente al Senado. Hicieronse las elecciones, no como ha dicho el Sr. Pidal, ejerciendo coacción el gobierno; antes bien, si de algo pecó fué de abandono. Los abusos contra que S. S. había clamado, cometidos por otros ministros, esos traían la imposibilidad de que el gobierno pudiese ejercer, no la coacción, sino aquella prudente iniciativa que deben tener todos los gobiernos.

Reuníronse las Cortes constituyentes; y aquí voy á adelantarme á la promesa que al hacer al señor Moya no en ellas, de que las defendería en el primer congreso moderado. Reuníronse, y si bien es verdad que había una minoría turbulenta que quería acabar con todo lo existente, tambien lo es que la mayoría estaba compuesta de hombres que deseaban el bien del país. Si hubieran tenido un gobierno que hubiese sido tal, las Cortes constituyentes hubieran constituido el país en los primeros cuarenta meses de su reunión.

La primera cuestión que se suscitó en consejo de ministros, fue entonces la de tomar el gobierno la iniciativa desde el primer día, y presentar la constitución y todas las demás leyes, para sostenerlas luego con valor y resolución; cosa tan mas posible cuanto que el duque de la Victoria gozaba una gran popularidad, y la mayoría de aquellas Cortes deseaba, como he dicho, el bien del país. Pero la debilidad de carácter, como hombre político, no como militar, prevaleció en el duque de la Victoria, hizo imposible aquella medida.

En las bases se debió el Senado tal como está, pero el presidente del consejo con otros dos señores ministros dijeron que era preciso dejar en completa libertad á las Cortes.

No permaneci yo en el ministerio por hacer traición á mis compañeros, como erradamente ha supuesto el duque de la Victoria; permaneci en aquel puesto por la

razón que entré: para que no se desbordara la revolución. Dos años de continuada lucha, de sacrificios y de ebas diarias parlamentarias pasaron. Todo esos sacrificios fueron en vano. Finalmente había aceptado el segundo puesto en el ministerio del duque de la Victoria, porque no trataba mas que del bien de mi patria. Las Cortes constituyentes hicieron cosas buenas, esto es innegable, por mas que el ministro de Estado las haya anatematizado de esa manera. Pero tantos sacrificios no bastaban. Las Cortes constituyentes no acabaron la Constitución: dos veces se prorogaron; hasta que, por último, los sucesos marcharon precipitadamente y desbordados.

Vinieron los sucesos de Valencia y de Valladolid, y confieso francamente que fueron los que mas me alarmaron; cuando un pueblo como el castellano se lanzó á la revolución, comprendí que la sociedad estaba muerta. Entonces me presenté al Consejo de ministros; entonces manifesté á mis compañeros que era indispensable se variase de rumbo, que la sociedad se hundía; que era preciso disolver los batallones de la Milicia nacional que hacían gala de ser republicanos; que era preciso ser gobierno; que era preciso llamar á los hombres de todos los partidos aptos para la gobernación del Estado, y encontré en todos mis compañeros el apoyo que era de esperar; pero cuando llegó el momento de la ejecución, cuando dije al ministro de la Gobernación: *ad V. el decreto disolviendo el tercer batallón de hijos de la Milicia nacional*, que estaba siendo el escándalo de Madrid, me contestó: *no puedo hacerlo*.

Yo concluí diciendo que con el ministro de la Gobernación no podía continuar, que era incompatible conmigo; y entonces comencé aquella cuestión que duró tres días, en la cual hice todos cuantos sacrificios podían hacerse para no romper con el duque de la Victoria, porque yo quería que no se dijese que deseaba yo ocupar el primer puesto; y por último, fui convocado á un consejo presidido por la Reina. En ese consejo se volvió á presentar la cuestión: la Reina se negó á admitir mi dimisión, pero no la del Sr. Escosura; el duque de la Victoria dijo que se retiraba si alguno de los dos insistía en salir del gabinete. Todas las reflexiones que se le hicieron para evitar la dimisión del duque de la Victoria fueron inútiles. En vano la Reina le rogó, en vano yo le dije que si la presentaba, el pueblo estraviado iba á venir á las puertas de palacio á pedir á la Reina que le restituyera la presidencia. Todos los esfuerzos fueron en vano: el duque de la Victoria se retiró, y quedó un gobierno de tolerancia, dando el mayor prestigio al trono, al par que aseguraba la libertad del país, porque á ella va unida el trono de Isabel II. He querido la reconciliación, no de los partidos estranos, no de los hombres que se llaman demócratas, ni de los que quieren la anarquía en el nombre, que se llaman republicanos. Pero tampoco los tendré ni mano á las personas que quieren otra dinastía, ó establecer principios que no sean liberales.

Yo no diré lo que decía ayer el señor ministro de la Gobernación. Decía que el gobierno no tendría la mano á ningún partido que intentase destruir y atacar á la Reina y la dinastía, mas no añadió S. S. ni á las instituciones ni á los principios liberales. Creo que habrá sido un olvido del ministro actual, tan entusiasta de la revolución de 1854, que quiso hacer lo que á mi no me había ocurrido, que era inmortalizar con un monumento el manifiesto de Manzanares. Sé que la votación del Senado será favorable al gobierno; pero he dicho lo que he creído conveniente, para que el Senado me juzgue, luego el país y después la historia.

El señor presidente del CONSEJO DE MINISTROS, duque de Valencia: Antes de contestar al señor general O'Donnell en lo que tiene relación á mi persona, rogaré al Senado que considere que aun cuando en todo tiempo no sería parlamentario ni conveniente una discusión en este alto cuerpo tuviese el carácter de personal, en esta ocasión conviene, es útil que la que ha sido provocada no pierda el carácter que S. S. mismo la ha dado, carácter de personal, de personalísima; pero sea relativamente á nosotros dos, á nosotros solamente, sin trascendencia á ninguna otra persona ó fracción. Salgamos lastimados S. S. y yo, ó los dos á la vez; si lo hemos merecido, nada importará al país, ni influirá en sus destinos. Por mas que dos capitales generales del ejército den un espectáculo lamentable á los que de ellos deben tomar ejemplo en la milicia, la Providencia velará algún día sobre los sagrados objetos que vamos á comprometer; pero si ensanchamos las rivalidades, la patria nos pedirá severa cuenta, y todos seremos responsables de los males que no hemos querido evitar, pudiendo y debiendo hacerlo. Repito lo que dije hace dos días: fijemos la vista en ese Trono, no olvidemos el terrible huracán que acaba de pasar y que exige de nosotros toda clase de sacrificios.

Algunos creerán que voy á contestar al general O'Donnell, con la saña con que S. S. me ha atacado; pero no tema el Senado que yo olvide lo que le debo, ni lo que me debo á mi mismo.

Ante todo, quisiera saber la causa de esa animosidad del señor conde de Lucena hacia mí. ¿La concebí, al ver que no me unía á su levantamiento del campo de Guardias? No, pues no revela semejante animosidad la benévola correspondencia en que hemos estado después. ¿Será por lo que he sentido el martirio sufrido por todo el partido moderado durante el tiempo en que S. S. ha sido árbitro de los destinos de España? Tampoco; algunos saben mi conducta desde que S. S. subió á la presidencia del consejo. ¿Habrá sido cuando disputaron á S. M. á mano armada el libre uso de la regía prerogativa, y yo me presenté en Bayona á pedir desde allí venir á ofrecer mis servicios á mi Reina? Otro mas suspiro que yo pudiera, creerlo, al ver la resistencia que S. S. opuso á que yo entrase en España; pero yo no lo puedo creer. ¿Cuando, pues, ha nacido esa enemistad, y para qué la he tenido S. S. escondidos esos sentimientos y esas querías? Los señores senadores lo conocerán fácilmente.

Esta es la primera vez que se han traído al parlamento conversaciones privadas y tenidas en la espansion de la amistad, confiando en la caballerosidad del amigo. El señor O'Donnell mina la sociedad por sus sentimientos. ¿Quién podrá desde hoy tener confianza en que lo que diga en el seno de la amistad no se traerá al dominio público?

Sabida es la amistad que me unia con el general O'Donnell, y que esta afección me indujo al primer paso que di (que harlo lo siento, porque me ha costado mucho) cuando hice la oposición al gabinete del señor Bravo Murillo. Yo vivía retirado en Loja, si aprobar la política entonces seguida, aunque resuelto á no volver á salir de mi retiro; pero el general O'Donnell me escribió, y me resolvi á venir á Madrid y á hacer el sacrificio de mi opinión, solo por afecto á su señoría.

Lo que pasó después lo sabe bien el Senado. Yo fui la única víctima entonces, si no mi amistad con el general O'Donnell, que á mi salida para Francia con el consentimiento que me representaba en el comité. Envió una exposición á S. M. que jundame, y esa exposición se imprimió: posible es que el Sr. O'Donnell pida por qué; yo no lo sé: lo cierto es que mi situación se agravó, y que yo guardé el mas profundo secreto. En cambio acepté como ensu lo que el comité me remitió una carta, en la cual se basaron las palabras mas vagas para no significar que el comité estaba identificado con mi anterior política, que era la del partido conservador. ¿Empezará entonces la unión liberal, á cuya cabeza se puso el general O'Donnell, y en la cual todos cabían menos yo? ¿O existiría la idea de mi muerte política, como después la del duque de la Victoria, á pesar de la amistad que unia á este con el general O'Donnell?

Formado el gabinete del conde de San Luis, regresé á España con decidida intención de irme á la Laja; pero en el momento empezaron las gestiones del general O'Donnell para que me quedara, para que me presentara en el Senado, y para que hiciera un discurso de oposición fuerte, tratando de demostrar que yo no debía gratuitamente á aquel gabinete. Antes de decidirme á partir, quise ver al general O'Donnell: no negaré yo el modo como me expresó acerca de los negocios públicos, aun cuando no reconocía en nadie el derecho de referir conversaciones privadas. Certo es que dije que los acontecimientos tenían que venir al punto que yo vinieran, y que solo en el terreno de la fuerza se resolverían: esta es la verdad; yo no la niego, y dije mas que me prestaria á tomar parte en cualquiera movimiento que se ejecutara en ese sentido, pero con la precisa condición de que no habíamos de entendernos mas que los que yo estaba reunidos.

¿Qué querían los condes á que asistía el Sr. Pidal, el Sr. Mon, el Sr. Seijas, que querían? La verdad del gobierno representativo; se oponían á la reforma; y SS. SS. sin embargo, nos han propuesto una reforma, sin tener siquiera el mérito de la franqueza del señor Bravo Murillo. Aquel ministerio quería una reforma, y publicó en la *Gaceta* desde el primero hasta el último artículo: cuando se reunieran las Cortes, sabían con anticipación á lo que eran llamadas. Nosotros, después de consultado con S. M., propusimos un acta adicional á la Constitución: los pueblos, al elegir sus diputados, y estos, al venir al Parlamento, hubieran

conocido de antemano el pensamiento del gobierno. ¿Y qué es lo que hace el ministerio actual? Traer un proyecto, dentro del cual cabe lo mucho y lo poco; un proyecto con el que por lo visto ha querido contentar á todos, pero que la experiencia se encargará de probar que no ha satisfecho á nadie.

En primer lugar, después de haber anulado ó suspendido por completo, no solo la desamortización eclesiástica, sino la civil, viene á proponer el restablecimiento de los mayorazgos. Pero el ministerio propone tambien la reforma de los reglamentos de los cuerpos colegisladores, y esta reforma puede ir hasta negar la publicidad á nuestras sesiones, hasta impedir que se publiquen nuestros discursos. Hasta aquí puede llegar la reforma que se propone.

SS. SS. han hecho tambien una reacción completa en las personas; se han hecho destituciones en masa, como ha dicho muy bien el Sr. San Miguel; SS. SS. han convertido además á los porteros y escribientes de 3,000 rs. en hombres políticos. Yo creo constitución, parlamentaria, que los altos empleados sean afectos á la política de un ministerio, y que cuando no presenten su dimisión se les revele de sus puestos; pero no concibo como esta teoría puede aplicarse á los porteros y subalternos, convirtiéndolos así en hombres políticos.

He concluido manifestando las causas por que no puedo estar conforme con el gabinete. Yo no puedo aceptar la política que se llama de restauración y que se ha puesto en un documento firmado por el ministro de Gracia y Justicia. No puedo aceptar la política de un gabinete que propone una reforma que puede acabar con el gobierno representativo. No puedo estar conforme con el gabinete porque vuelve á establecerse las persecuciones de partido y las destituciones en masa, sin mas razón que la que ha dicho el señor ministro de la Gobernación, de que había que colocar á otros. No puedo estar conforme con un gabinete que ha verificado el empréstito Mirés, por haber faltado á la ley, y por haberse hecho no con las ventajas que ofreció el verificado por el señor Santa Cruz.

He explicado las situaciones especiales en que me he encontrado, manifestando cuál ha sido mi conducta y cuál mi deseo cuando entré en el ministerio del duque de la Victoria, y los esfuerzos que hice para que la revolución no pasara de los límites que todos deseaban. Llamado por la corona en momentos difíciles, salvé al trono y los principios sociales. En el tiempo de mi administración he sido conciliador, constitucional, he querido establecer un gobierno de tolerancia, dando el mayor prestigio al trono, al par que aseguraba la libertad del país, porque á ella va unida el trono de Isabel II. He querido la reconciliación, no de los partidos estranos, no de los hombres que se llaman demócratas, ni de los que quieren la anarquía en el nombre, que se llaman republicanos. Pero tampoco los tendré ni mano á las personas que quieren otra dinastía, ó establecer principios que no sean liberales.

Yo no diré lo que decía ayer el señor ministro de la Gobernación. Decía que el gobierno no tendría la mano á ningún partido que intentase destruir y atacar á la Reina y la dinastía, mas no añadió S. S. ni á las instituciones ni á los principios liberales. Creo que habrá sido un olvido del ministro actual, tan entusiasta de la revolución de 1854, que quiso hacer lo que á mi no me había ocurrido, que era inmortalizar con un monumento el manifiesto de Manzanares. Sé que la votación del Senado será favorable al gobierno; pero he dicho lo que he creído conveniente, para que el Senado me juzgue, luego el país y después la historia.

El señor presidente del CONSEJO DE MINISTROS, duque de Valencia: Antes de contestar al señor general O'Donnell en lo que tiene relación á mi persona, rogaré al Senado que considere que aun cuando en todo tiempo no sería parlamentario ni conveniente una discusión en este alto cuerpo tuviese el carácter de personal, en esta ocasión conviene, es útil que la que ha sido provocada no pierda el carácter que S. S. mismo la ha dado, carácter de personal, de personalísima; pero sea relativamente á nosotros dos, á nosotros solamente, sin trascendencia á ninguna otra persona ó fracción. Salgamos lastimados S. S. y yo, ó los dos á la vez; si lo hemos merecido, nada importará al país, ni influirá en sus destinos. Por mas que dos capitales generales del ejército den un espectáculo lamentable á los que de ellos deben tomar ejemplo en la milicia, la Providencia velará algún día sobre los sagrados objetos que vamos á comprometer; pero si ensanchamos las rivalidades, la patria nos pedirá severa cuenta, y todos seremos responsables de los males que no hemos querido evitar, pudiendo y debiendo hacerlo. Repito lo que dije hace dos días: fijemos la vista en ese Trono, no olvidemos el terrible huracán que acaba de pasar y que exige de nosotros toda clase de sacrificios.

Algunos creerán que voy á contestar al general O'Donnell, con la saña con que S. S. me ha atacado; pero no tema el Senado que yo olvide lo que le debo, ni lo que me debo á mi mismo.

Ante todo, quisiera saber la causa de esa animosidad del señor conde de Lucena hacia mí. ¿La concebí, al ver que no me unía á su levantamiento del campo de Guardias? No, pues no revela semejante animosidad la benévola correspondencia en que hemos estado después. ¿Será por lo que he sentido el martirio sufrido por todo el partido moderado durante el tiempo en que S. S. ha sido árbitro de los destinos de España? Tampoco; algunos saben mi conducta desde que S. S. subió á la presidencia del consejo. ¿Habrá sido cuando disputaron á S. M. á mano armada el libre uso de la regía prerogativa, y yo me presenté en Bayona á pedir desde allí venir á ofrecer mis servicios á mi Reina? Otro mas suspiro que yo pudiera, creerlo, al ver la resistencia que S. S. opuso á que yo entrase en España; pero yo no lo puedo creer. ¿Cuando, pues, ha nacido esa enemistad, y para qué la he tenido S. S. escondidos esos sentimientos y esas querías? Los señores senadores lo conocerán fácilmente.

Esta es la primera vez que se han traído al parlamento conversaciones privadas y tenidas en la espansion de la amistad, confiando en la caballerosidad del amigo. El señor O'Donnell mina la sociedad por sus sentimientos. ¿Quién podrá desde hoy tener confianza en que lo que diga en el seno de la amistad no se traerá al dominio público?

Sabida es la amistad que me unia con el general O'Donnell, y que esta afección me indujo al primer paso que di (que harlo lo siento, porque me ha costado mucho) cuando hice la oposición al gabinete del señor Bravo Murillo. Yo vivía retirado en Loja, si aprobar la política entonces seguida, aunque resuelto á no volver á salir de mi retiro; pero el general O'Donnell me escribió, y me resolvi á venir á Madrid y á hacer el sacrificio de mi opinión, solo por afecto á su señoría.

Lo que pasó después lo sabe bien el Senado. Yo fui la única víctima entonces, si no mi amistad con el general O'Donnell, que á mi salida para Francia con el consentimiento que me representaba en el comité. Envió una exposición á S. M. que jundame, y esa exposición se imprimió: posible es que el Sr. O'Donnell pida por qué; yo no lo sé: lo cierto es que mi situación se agravó, y que yo guardé el mas profundo secreto. En cambio acepté como ensu lo que el comité me remitió una carta, en la cual se basaron las palabras mas vagas para no significar que el comité estaba identificado con mi anterior política, que era la del partido conservador. ¿Empezará entonces la unión liberal, á cuya cabeza se puso el general O'Donnell, y en la cual todos cabían menos yo? ¿O existiría la idea de mi muerte política, como después la del duque de la Victoria, á pesar de la amistad que unia á este con el general O'Donnell?

Formado el gabinete del conde de San Luis, regresé á España con decidida intención de irme á la Laja; pero en el momento empezaron las gestiones del general O'Donnell para que me quedara, para que me presentara en el Senado, y para que hiciera un discurso de oposición fuerte, tratando de demostrar que yo no debía gratuitamente á aquel gabinete. Antes de decidirme á partir, quise ver al general O'Donnell: no negaré yo el modo como me expresó acerca de los negocios públicos, aun cuando no reconocía en nadie el derecho de referir conversaciones privadas. Certo es que dije que los acontecimientos tenían que venir al punto que yo vinieran, y que solo en el terreno de la fuerza se resolverían: esta es la verdad; yo no la niego, y dije mas que me prestaria á tomar parte en cualquiera movimiento que se ejecutara en ese sentido, pero con la precisa condición de que no habíamos de entendernos mas que los que yo estaba reunidos.

¿Qué querían los condes á que asistía el Sr. Pidal, el Sr. Mon, el Sr. Seijas, que querían? La verdad del gobierno representativo; se oponían á la reforma; y SS. SS. sin embargo, nos han propuesto una reforma, sin tener siquiera el mérito de la franqueza del señor Bravo Murillo. Aquel ministerio quería una reforma, y publicó en la *Gaceta* desde el primero hasta el último artículo: cuando se reunieran las Cortes, sabían con anticipación á lo que eran llamadas. Nosotros, después de consultado con S. M., propusimos un acta adicional á la Constitución: los pueblos, al elegir sus diputados, y estos, al venir al Parlamento, hubieran

conocido de antemano el pensamiento del gobierno. ¿Y qué es lo que hace el ministerio actual? Traer un proyecto, dentro del cual cabe lo mucho y lo poco; un proyecto con el que por lo visto ha querido contentar á todos, pero que la experiencia se encargará de probar que no ha satisfecho á nadie.

En primer lugar, después de haber anulado ó suspendido por completo, no solo la desamortización eclesiástica, sino la civil, viene á proponer el restablecimiento de los mayorazgos. Pero el ministerio propone tambien la reforma de los reglamentos de los cuerpos colegisladores, y esta reforma puede ir hasta negar la publicidad á nuestras sesiones, hasta impedir que se publiquen nuestros discursos. Hasta aquí puede llegar la reforma que se propone.

SS. SS. han hecho tambien una reacción completa en las personas; se han hecho destituciones en masa, como ha dicho muy bien el Sr. San Miguel; SS. SS. han convertido además á los porteros y escribientes de 3,000 rs. en hombres políticos. Yo creo constitución, parlamentaria, que los altos empleados sean afectos á la política de un ministerio, y que cuando no presenten su dimisión se les revele de sus puestos; pero no concibo como esta teoría puede aplicarse á los porteros y subalternos, convirtiéndolos así en hombres políticos.

He concluido manifestando las causas por que no puedo estar conforme con el gabinete. Yo no puedo aceptar la política que se llama de restauración y que se ha puesto en un documento firmado por el ministro de Gracia y Justicia. No puedo aceptar la política de un gabinete que propone una reforma que puede acabar con el gobierno representativo. No puedo estar conforme con el gabinete porque vuelve á establecerse las persecuciones de partido y las destituciones en masa, sin mas razón que la que ha dicho el señor ministro de la Gobernación, de que había que colocar á otros. No puedo estar conforme con un gabinete que ha verificado el empréstito Mirés, por haber faltado á la ley, y por haberse hecho no con las ventajas que ofreció el verificado por el señor Santa Cruz.

He explicado las situaciones especiales en que me he encontrado, manifestando cuál ha sido mi conducta y cuál mi deseo cuando entré en el ministerio del duque de la Victoria, y los esfuerzos que hice para que la revolución no pasara de los límites que todos deseaban. Llamado por la corona en momentos difíciles, salvé al trono y los principios sociales. En el tiempo de mi administración he sido conciliador, constitucional, he querido establecer un gobierno de tolerancia, dando el mayor prestigio al trono, al par que aseguraba la libertad del país, porque á ella va unida el trono de Isabel II. He querido la reconciliación, no de los partidos estranos, no de los hombres que se llaman demócratas, ni de los que quieren la anarquía en el nombre, que se llaman republicanos. Pero tampoco los tendré ni mano á las personas que quieren otra dinastía, ó establecer principios que no sean liberales.

Yo no diré lo que decía ayer el señor ministro de la Gobernación. Decía que el gobierno no tendría la mano á ningún partido que intentase destruir y atacar á la Reina y la dinastía, mas no añadió S. S. ni á las instituciones ni á los principios liberales. Creo que habrá sido un olvido del ministro actual, tan entusiasta de la revolución de 1854, que quiso hacer lo que á mi no me había ocurrido, que era inmortalizar con un monumento el manifiesto de Manzanares. Sé que la votación del Senado será favorable al gobierno; pero he dicho lo que he creído conveniente, para que el Senado me juzgue, luego el país y después la historia.

El señor presidente del CONSEJO DE MINISTROS, duque de Valencia: Antes de contestar al señor general O'Donnell en lo que tiene relación á mi persona, rogaré al Senado que considere que aun cuando en todo tiempo no sería parlamentario ni conveniente una discusión en este alto cuerpo tuviese el carácter de personal, en esta ocasión conviene, es útil que la que ha sido provocada no pierda el carácter que S. S. mismo la ha dado, carácter de personal, de personalísima; pero sea relativamente á nosotros dos, á nosotros solamente, sin trascendencia á ninguna otra persona ó fracción. Salgamos lastimados S. S. y yo, ó los dos á la vez; si lo hemos merecido, nada importará al país, ni influirá en sus destinos. Por mas que dos capitales generales del ejército den un espectáculo lamentable á los que de ellos deben tomar ejemplo en la milicia, la Providencia velará algún día sobre los sagrados objetos que vamos á comprometer; pero si ensanchamos las rivalidades, la patria nos pedirá severa cuenta, y todos seremos responsables de los males que no hemos querido evitar, pudiendo y debiendo hacerlo. Repito lo que dije hace dos días: fijemos la vista en ese Trono, no olvidemos el terrible huracán que acaba de pasar y que exige de nosotros toda clase de sacrificios.

Algunos creerán que voy á contestar al general O'Donnell, con la saña con que